

Manuel Vicent: "Decidí que prefería que Dios fuera un gin tonic, un amanecer radiante o la sonrisa de un niño"

Manuel Vicent, la letra y los ojos más agudos de la Historia reciente de España, concede a Esquire una entrevista íntima y muy personal con motivo de su último libro, *Una historia particular* (Alfaguara), donde vuelca sus recuerdos fermentados por su poderosa imaginación.

Por Ana Trasobares ACTUALIZADO: 10/12/2024

Creo recordar que la primera vez que  Manuel Vicent (Villavieja, Castellón, 1936) en persona fue durante la presentación de la película *Tranvía a la Malvarrosa* (1997), un drama social y romántico que explora el camino hacia la madurez y que está basado en una de sus novelas más biográficas. Digo “creo” porque, como explica en esta entrevista el escritor y periodista, “la memoria se transforma en literatura cuando está fermentada por la imaginación” y, aunque esto es periodismo y no literatura, nace de ese lugar común donde las palabras se juntan para compartir ideas, recuerdos y fantasías. El caso es que esos ojos de color azul Mediterráneo los tengo allí ubicados, aunque no lo pueda confirmar. ¿Quién tiene la culpa? El propio Vicent que con sus novelas, sus relatos, sus obras de teatro, sus artículos periodísticos, sus crónicas parlamentarias, sus reportajes de viajes y gastronomía, sus semblanzas y sus premios –Alfaguara de Novela en dos ocasiones por *Pascua y Naranjas* (1966) y por *Son de mar* (1999), y el Nadal por *La Balada de Caín* (1987)– siempre ha estado presente en nuestras vidas retratando desde hace 60 años el devenir de España “como uno de los últimos monjes que va miniendo el código desordenado de la actualidad”, que decía de él Francisco Umbral.

88 años ha cumplido Manuel Vicent el pasado 10 de marzo y, unos meses después, ha publicado novela: *Una historia particular* (Ed. Alfaguara), que se ha convertido en uno de los libros más vendidos en lo que va de año. Con una prosa sencilla y envolvente, cruda, irónica y emocional, el autor vuelve a tirar de recuerdos para poner en pie esa España que a veces se nos olvida. Es autobiografía y es ficción por aquello de que la memoria fermenta en el tiempo con la imaginación. Y es un viaje por la vida social y política de este país, a través de los coches, de los perros, de la música y de los libros que le

han acompañado a lo largo de los años. Este es el esquema que sigue porque un día Bioy Casares, el escritor argentino de *El sueño de los héroes*, le dijo antes de empezar una entrevista que no quería hablar de literatura, “sino de perros, coches, música, mujeres, deportes, viajes...” Y al final Vicent lo agradeció porque conoció a la persona. Hacemos el intento en Esquire con el escritor castellonense.

//

"Una historia particular es una biografía compartida de sentimientos, de experiencias y también con una proyección de lo que sucedía en España"



Alfaguara - Una historia particular

19 € EN AMAZON

¿Qué tiene de particular *Una historia particular* para haberse convertido en uno de los libros más vendidos de lo que va de año?

Uno nunca sabe... Lo que sí sé es que esta novela no es una biografía particular, aunque lo diga el título, porque el lector de cierta edad y también el lector joven enseguida se dará cuenta de que todo lo que aquí sucede a él también le ha pasado. Es una biografía compartida de sentimientos, de experiencias y también con una proyección de lo que estaba sucediendo en ese momento en España. Sí, también es un retrato de cómo se iba transformando la sociedad y de cómo la psicología colectiva iba cambiando a medida que se acercaba la democracia y se empezaba a ver la libertad en el horizonte. Y he contado todas estas cosas a través de los perros y los coches que he tenido, de los libros que he leído, de las canciones que me han acompañado...

De todos esos coches, ¿cuál sigue siendo su favorito?

Lógicamente por edad he tenido muchos, pero mi favorito es un Morris verde del que se decía que era más grande por dentro que por fuera, con tapicería de cuero rojo. Lo tuve en la plenitud de la vida y con él hice muchos viajes placenteros. Luego me lo robaron y, cuando lo recuperé, estaba todo el interior destrozado y lleno de jeringuillas. Gajes de la época.

¿Qué música escuchaba en el Morris?

Eran los años finales del franquismo y entonces me gustaba mucho The Mamas & the Papas, aunque yo siempre he sido muy partidario del jazz: Chet Baker, Miles Davis, Ray Charles, Duke Ellington, Billie Holiday... En la radio de ese coche, cuando iba los domingos a la sierra a una casa vieja que tenía con mis amigos, un grupo de progres de los de entonces, sonaban los éxitos de la época: Nino Bravo, Los Diablos, Mari Trini. También me gustaban. La música siempre ha sido un paisaje sonoro que me ha acompañado toda la vida desde niño hasta ahora, cuando por las tardes escucho jazz.

//

**"No es que haya querido embellecer mi pasado,
sino que la memoria se transforma en literatura**

cuando está fermentada por la imaginación"

***Una historia particular* es biografía y ficción, autoficción lo llaman ahora, pero usted lleva practicando este género desde siempre. ¿Por qué le gusta tanto?, ¿quizá por su dedicación al periodismo?**

Siempre he trabajado sobre la base de lo que he vivido, lo que he sufrido, lo que he gozado, o sea, la molienda de todos los días y las horas. Yo siempre escribo de lo que sé. Ahora bien, con el devenir del tiempo, esa memoria se confunde con la imaginación. No es que haya querido embellecer mi pasado, sino que la memoria se transforma en literatura cuando está fermentada por la imaginación. Y la imaginación hace que esos recuerdos pierdan el carácter biográfico para convertirse en experiencia, en experiencia colectiva. A mí no me interesa contar ninguna batallita personal que no la haya podido vivir el lector. Por eso, lo más importante que existe para mí en una página escrita es el espacio que hay entre línea y línea, que es el espacio donde el lector puede volar a esos lugares que el autor propone porque de una u otra manera también los ha transitado el que lee. Creo que no estoy capacitado para inventar grandes historia ni personajes, pero sí me siento muy cómodo describiendo la atmósfera de un personaje real. Para ello, me he servido de muchos: el duque de Alba, Ava Gardner, Carmen Díez de Rivera, Adolfo Suárez o los retratos de políticos que hacía.

También hay mucho de usted en *Contra paraíso* (1993), *León de ojos verdes* (2008), *Tranvía a la Malvarrosa* (1994), *Jardín de Villa Valeria* (1996), *El azar de la mujer rubia* (2013), *Ava en la noche* (2020)... Esta última me gustó mucho no solo por el retrato de ese Madrid donde convive una dictadura en declive con los aires de libertad y modernidad que traen consigo el arte y la cultura, sino también por el protagonista que, como usted, soñó con ser director de cine. ¿Qué ocurrió para que finalmente no lo fuera?

El destino, supongo, porque yo incluso me acerqué a la Escuela Oficial de Cine, que estaba en un palacete de la madrileña calle Monte Esquinza, pero recuerdo que no me recibieron bien y, como yo era muy tímido, no insistí. Tampoco era fácil entrar. Había pocas plazas. Es cierto que a veces he pensado: “¿Y si hubiera insistido?, ¿y si lo hubiera querido de verdad?”. El caso es que al poco tiempo gané un premio literario –en 1966 fue distinguido con el Alfaguara de Novela por *Pascua y Naranjas*– y me desvié. Muchas veces, en el transcurso del río, un pequeño accidente geográfico provoca que el río desemboque en el Atlántico y no en el Mediterráneo. Pues con la vida

pasa igual.

En el fondo ser novelista o director de cine es casi lo mismo, solo cambia el formato, ¿no cree?

Sí, totalmente, son profesiones casi ambivalentes. Por eso, al haber recibido un premio, me resultó más placentero escoger el camino de la escritura. Ya no tenía que conquistar nada y, además, me bastaba un cuaderno y un bolígrafo para seguir trabajando. No como en el cine, donde lo primero que hay que hacer es pedir ayudas y reunir grandes presupuestos. Ser escritor es más fácil: con un bolígrafo y un cuaderno puedes escalar el Annapurna.

Volvamos a *Una historia particular*, una novela que es también un repaso de la historia de la España reciente: el boom del turismo en los 60 con La Ley Fraga (1966) y la revolución del bikini, las protestas universitarias, la muerte de Franco, la Transición, la Movida madrileña, el cambio de chaqueta de la izquierda y los años del pelotazo... Y en todo ello usted ha sido un testigo de excepción como periodista que también es. ¿Qué recuerda haber celebrado con más entusiasmo en todos estos años y qué le ha hecho sentir una decepción profunda?

El inicio de la democracia, sin duda, me hizo sentir una felicidad inmensa cuando el país tuvo por fin la suerte de cambiar de piel y yo, la suerte de escribir las crónicas parlamentarias. Ese era el lugar más deseado por un periodista que escribía: el bar de Las Cortes. Allí se mezclaban por primera vez todos los políticos: los que venían del exilio, de la clandestinidad e incluso de la cárcel, con otros que venían del franquismo. En ese bar de Las Cortes se amalgamaron, ya solo por el simple roce, y cambiaron la palabra enemigo por adversario. Decidieron empujar todos en la misma dirección para sacar la carreta del charco y llegar a la democracia. Es uno de los momentos más felices desde el punto de vista literario y profesional que recuerdo, porque era el lugar en el que había que estar en ese momento. La decepción y el desencanto llegó al ver que todo aquello por lo que se había luchado se desvanecía y los políticos volvían a ser enemigos.

//

"No sé lo que le sucedió a Aznar en el segundo mandato, pero se volvió loco o le dio un ataque de prepotencia y regresó a la política la palabra enemigo"



Eduardo Parra

Manuel Vicent, en la Feria del Libro de Madrid, en 2016. El escritor siempre ha ocupado los primeros puestos en la lista de autores más vendidos.

¿En qué momento sucedió eso para usted?

En la segunda legislatura de Aznar. La primera fue modélica porque tuvo que pactar con los independentistas, con los vascos, y como necesitaba apoyos para gobernar, lo hizo. En el segundo mandato, que ganó por mayoría absoluta, no sé lo qué le sucedió a este hombre, pero se volvió loco o le dio un ataque de prepotencia con eso de la derecha sin complejos y regresó la palabra enemigo. Luego llegó Zapatero, dio un volantazo a la izquierda y, desde entonces, la política española está emponzoñada y con un odio casi personal entre los políticos.

¿Por qué cree que la política española se ha olvidado de los ciudadanos?

No lo sé, pero está claro que hoy en día la política es cosa solo de políticos.

Imaginad que en un hospital los médicos y los enfermeros se insultaran entre ellos, que los cirujanos discutieran por los pasillos y no colaboraran juntos en un transplante, por ejemplo, de hígado. Pues así está la cosa: el ciudadano está descerrajado en la mesa de quirófano y los políticos siguen discutiendo sobre su hígado abierto sin atisbos de sanarlo.

¿Guarda la esperanza de que los políticos en España vuelvan a dialogar por el bien común?

Bueno, yo ahora mismo tengo esperanza por que salga el sol todos los días. Y si uno le da más importancia a la salida del sol que a lo que oye en la radio, pues tengo esperanza, claro. Una esperanza, por otra parte, que no es poca, pues como están las cosas tampoco tenemos asegurado eso de que salga el sol... o por lo menos el sol que uno necesita, porque luego cada uno quiere el suyo.

¿Usted tiene el suyo asegurado?

[Risas] ¿Qué va a pasar mañana? Nadie lo sabe, por eso el azar es tan excitante. A mi edad yo ya vivo en el descuento, que dirían los entendidos en fútbol cuando el árbitro mira el reloj. La edad te permite dar un valor enorme al tiempo, lo que en economía se llama una utilidad marginal: a medida que el bien es más escaso, más se valora y se vuelca sobre ese bien una proyección volitiva....

//

"A estas alturas tengo claro que necesito muy poco para vivir. Si uno se aplica a sí mismo la vibradora universal, verá caer muchas cosas que a uno le sobran"

Ahora que saca usted el tema de la edad, ¿podría compartir con nosotros esa lección de vida que guarda como un tesoro?

Al final todo se reduce a una sabiduría muy al alcance de la mano que para mí es levantarse y saber dónde se pone el pie. Quiero decir que a estas alturas tengo claro que necesito muy poco para vivir. Si uno se aplica a sí mismo la vibradora universal, verá caer muchas cosas que a uno le sobran. Uno puede vivir escueto, limpio, sin aditamentos innecesarios. Es una sabiduría que uno alcanza quizá cuando ya es demasiado tarde [risas].

¿Por qué ha escrito ahora este resumen de vida?, ¿quizá por un ataque de nostalgia al verse mayor o siempre ha sido usted un sentimental?

Posiblemente sí, soy un sentimental. Nunca he sido una persona displicente. Siempre he intentado ver la parte de razón del que me contradice. Tal vez tenga demasiada empatía, a veces pienso que estoy enfermo de empatía, pues siempre me pongo en la piel del otro. Por otra parte, siempre he sido muy resistente al agravio. Cuando me siento agraviado, se me pasa enseguida. No guardo rencores, no soy reconcomido. Y esa especie de indiferencia me sirve de defensa, de coraza.

...Qué buenos sentimientos! ¿Y algún defecto que se le resista?

Bueno, cuando me da por el desprecio, tal vez es por exceso de orgullo o de vanidad, pero como digo me sirve para defenderme. Tampoco soy competitivo, yo tengo mi sitio y ya está. No sé si es defecto o virtud. Siento que he llegado adonde he podido por mi esfuerzo o por mi talento, si lo he tenido. Si no lo he hecho mejor, es porque no he sabido, no he podido o no he tenido el fuelle suficiente... Pero como todos vamos hacia el anonimato, qué más da.

//

"Ahora disfruto con las largas sobremesas mediterráneas debajo de una parra, con los amigos, y dejando pasar los veranos por debajo del sombrero de paja"

Hablemos de placeres. ¿Cuáles vivió con más fervor en su juventud y cuáles son ahora sus otros placeres?

De niño, mi máximo placer era ir en la tartana cantando de camino a la playa; de niño-adolescente, cuando lo hacía en bicicleta; de joven, estar en el mar, y de mayor, tener un pequeño barco y aprender a navegar. Por cierto, me enseñó un viejo marinero que me dijo unas palabras que parecían de un sufí: "Cuando sientas que el viento pasa por dentro de ti antes de llenar la vela, sabrás navegar"... Ahora disfruto con las largas sobremesas mediterráneas debajo de una parra, con los amigos, y dejando pasar los veranos por debajo del sombrero de paja. Todos han sido y son placeres mediterráneos que, aunque hoy sea un mar sucio y podrido, mentalmente es a la vez caos y suprema armonía. Lo tiene todo....

Usted nació frente al mar, en un pueblo de Castellón, en Villavieja, unos meses antes de que estallara la Guerra Civil española. ¿Recuerda su primer recuerdo?

Sí, tengo un vago recuerdo de una familia –imagino que la mía, claro– refugiada en una despensa debajo de una de las escaleras de la casa. Mi tía rezaba: “Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal”. Y una chica que trabajaba en casa decía: “¡Las bombas!, ¡las bombas!” De la guerra no tengo más recuerdos. Sí de después, con mi hermana, haciendo cola para que los soldados nos dieran un cazo de lentejas. Y ya con uso de razón, recuerdo jugar toda mi infancia en unos balnearios derruidos donde buscábamos metralla y esas cosas. También correteábamos por las montañas donde estaban las trincheras.

¿En qué bando le tocó a su familia?, ¿en qué clase de familia creció?

En el bando que esperaba que ganara Franco. Era una familia conservadora de pequeños propietarios, una familia de la pequeña burguesía rural, muy católica, muy de ir a la iglesia. Pero no se metían en política para nada.

¿Y por qué dejó de creer en Dios?

Yo perdí la fe muy jovencito y por exceso. La perdí una noche tumbado en la playa viendo un cielo estrellado inmenso. Si aquel brasero maravilloso era, según me habían dicho, obra de un creador omnipotente, ¿por qué ese mismo creador omnipotente había dejado morir de tuberculosis a mi amiguito de pupitre?, ¿por qué permitía que la gente a mi alrededor pasara hambre?, ¿por qué dejaba que hubiera tanto dolor? Primero fue una duda, después una neurosis y al final decidí que prefería que Dios fuera un gin tonic, un amanecer radiante, un atardecer maravilloso o la sonrisa de un niño. Todo lo bueno es Dios y todo lo malo es el diablo.

¿Puedo preguntarle de quién ha heredado esos ojos azules que parecen ‘divinos’ y qué es lo más bonito que ha visto con ellos?

Los heredé de mi madre, al igual que una de mis hermanas. Sin embargo, otra hermana y otro hermano nacieron con ojos marrones y hay otro hermano más de ojos verdosos. Alguna vez me han dicho que qué ojos, pero yo nunca he reparado en ellos, la verdad. Y con ellos he visto cosas hermosísimas, como las ruinas griegas. Para mí lo más bello que hay son las ruinas. Ver columnas y capiteles tumbados sobre lechos de espliego y de anís me hace viajar a ese pasado e imaginar lo que fue. Pero lo mejor que he visto con mis ojos azules es lo que he visto con mi imaginación.

¿Y lo más horrible?

La muerte de mi hijo. Fue una estocada muy dura.

Lo siento muchísimo.

Sí, gracias, desde ese momento uno se siente muy débil. En fin, dejémoslo correr.

Háblenos mejor de las últimas risas que han salido por su garganta.

La verdad es que no me acuerdo del motivo, pero tengo una tertulia de amigos con los que paso muy buenos ratos. Y cuando no es por uno, es por otro, pero siempre acabamos riendo. Reírse es muy importante. Yo creo que una buena risa después de comer ayuda a hacer la digestión.

//

"La muerte me parece una bahía azul maravillosa, pero llegar a esa bahía puede ser muy doloroso, sobre todo si molestas a la gente que te quiere. Por eso espero que la muerte se me lleve sin mucho jaleo alrededor"

Dentro de dos años celebrará los 90, ¿tiene algún sueño por cumplir o algún capricho que aún no se ha dado?

Pues no morirme de momento [risas]... Y no caerme, y no darme un batacazo, y no romperme a saber qué... Y si me muero, que sea de repente y ya está, que la muerte sea benigna conmigo, que no me atosigue demasiado, que se me lleve sin mucho jaleo alrededor. Lo que más me molesta no es la muerte. A mí la muerte me parece una bahía azul maravillosa, pero llegar a esa bahía puede ser muy doloroso, sobre todo si molestas a la gente que te quiere.

¿Usted piensa mucho en la muerte o es de los que prefiere dar gracias a la vida?

Últimamente, por mi edad, pienso más en la muerte pero no como una cosa terrible, sino como una desembocadura natural que da sentido a la vida. La vida y la muerte son dos caras de una misma moneda. Si estuviéramos aquí toda la vida, sería un castigo muy duro.

¿Por qué cree que en Occidente vivimos de espaldas a la muerte?

La muerte es una obra de arte. Así lo ve la filosofía oriental, cuyas enseñanzas ayudan a bajar precisamente hacia el fondo de la naturaleza, a regresar al fondo de la tierra. En Occidente es todo lo contrario: aquí nos regimos por la filosofía de la vida, del individuo, del yo. Pero la filosofía oriental te enseña que formas parte de un impulso de la naturaleza, de una colectividad y que la humanidad es una unidad.

//

"Somos energía prestada que un día habrá que devolver, pero mientras uno se pide una de calamares (risas)"

De hecho dicen que somos energía prestada que algún día habrá que devolver.

Y es absolutamente verdad, pero mientras estás por aquí de pronto uno se pide una de calamares [risas].

Dejémonos de adioses, y eso que esta conversación llega a su fin, y sigamos disfrutando de la vida y del arte. ¿Nos recomienda un par de libros para paladear, un cuadro en el que perdernos como experto en arte que es y una canción con la que seguir bailando?

La canción la tengo clara: *Love Is Like a Cigarette* de Duke Ellington, interpretada por Ivy Anderson. Es una maravilla. ¿Libros? Pues como hemos estado hablando de vida, muerte y humanidad, recomiendo *Los Ensayos* de Montaigne, un referente del pensamiento humanista occidental que nunca falla. Y me despedido con el cuadro *La alegría de vivir*, de Henri Matisse.

¿Ha pensado ya en su próximo libro?

No, de momento solo pienso en pasar el verano.